

ALEAGUARA

Francisco
Pérez de Antón
La amapola
de Westminster



Francisco
Pérez de Antón
La amapola
de Westminster

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex

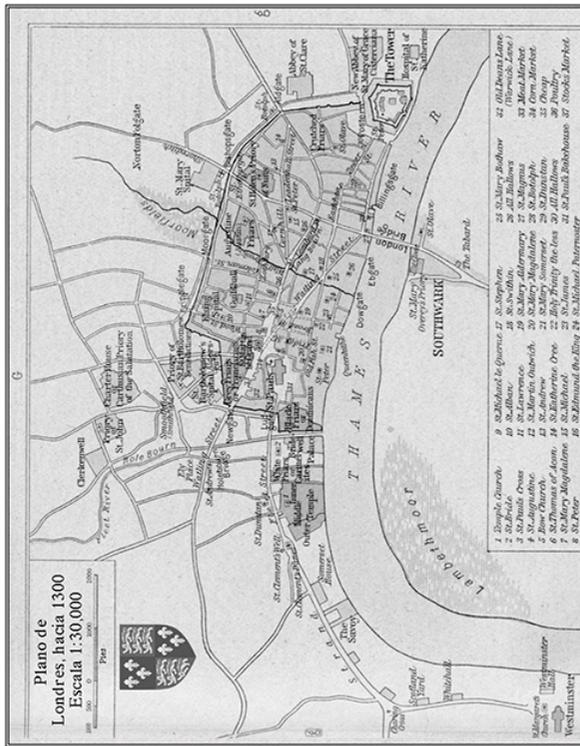


@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

He visto estas cosas en un rayo de sol.

T. S. ELIOT, *Asesinato en la catedral*



Inclinada sobre un angosto escritorio de roble, una joven dama de palacio, ataviada con una túnica de baile color malva, denuncia con trazos rápidos y nerviosos los detalles y la fecha de una trama criminal. Su expresión parece afligida en tanto sus ojos se vuelven una y otra vez con aprensión hacia una puerta de oscuros tableros. El papel valenciano en el que consigna la infidencia, de pequeñas dimensiones y más fino de lo común, amarillea a la luz de un candelabro de dos brazos, y el apretado texto que fluye de su pluma parece estar escrito en griego. Un tintero de hierro forjado, un plato con nueces y sendas copias de la Odisea, el Ars Amandi y el Decamerón reposan sobre el escritorio. Y a la distancia del brazo, sobre un brasero de mesa, hay una cazoleta metálica donde burbujea una mezcla de cera, bermellón y resina.

De improviso, la joven deja la pluma en el tintero, se lleva ambas manos a la cadera, agobia el torso y sus labios se contraen en un rictus de dolor. Y en esa postura permanece varios segundos hasta que un crujido la obliga a enderezarse. Sus grandes ojos de color azul violeta se clavan en la puerta de tableros durante un lapso angustioso. Está al borde de perder la compostura. Mas, persuadida tal vez de que el ruido se ha debido a la contracción de alguna madera reseca, decide continuar escribiendo, si bien ahora lo hace con un acusado sentido de urgencia.

Concluida la nota, abre una gaveta del escritorio y extrae de ella un carrizo de medio palmo, cortado en un extremo y ocluido por su nudo en el otro. Enrolla el escrito y lo introduce en la caña cuyo extremo abierto sumerge en la

cazoleta de lacre, como quien moja en leche un bizcocho. Acto seguido extrae el tubo y lo deja a un lado del tintero para que el rojizo y pastoso líquido se coagule y endurezca.

La joven se levanta del escritorio y se dirige a un espejo veneciano donde observa unos momentos su semblante, mas no con coquetería, sino como si estuviese haciendo una exploración más íntima. E inesperadamente deja escapar un sollozo tan hondo que sugiere la existencia de otro dolor, acaso más acuciante, que el que le depara la cadera.

Un gesto de autodominio, sin embargo, evita que la emoción vaya a más. Enjuga entonces sus ojos en un pañuelo de seda, se acomoda los cabellos, se mordisquea los labios y se frota vigorosamente las mejillas. Observa su perfil de un lado y otro y, aparentemente satisfecha de su aspecto, recoge el tubo de caña y se dirige a la puerta. La abre con precaución y, tras comprobar que no hay nadie al otro lado, se sube el ruedo de su túnica malva y echa a correr por un pasillo en el que se alternan áreas sombrías con otras iluminadas por mortecinos velones.

A cada poco, se palpa la cadera y despliega un gesto de dolor. Pero no cojea. O trata de no hacerlo. Y a cada poco también gira el rostro hacia atrás con una mueca de espanto, como si la mismísima muerte la siguiera.

Al fondo del corredor hay una estancia de paso, custodiada por dos rígidos alabarderos que llevan bordadas al pecho las armas de los Plantagenet. La joven pasa ante ambos sin prestarles atención y continúa corriendo hasta el espacioso zaguán del edificio, un elegante palacio medieval a orillas del Támesis, cuya puerta principal es vigilada por media docena de guardias.

En la esquina más cercana, del lado izquierdo, serpentea una escalera de caracol. La joven sube por ella hasta la planta alta y alcanza, sin aliento casi, un mirador desde el que se pueden observar los lejanos destellos del puente sobre el río. Se detiene allí unos instantes y aspira con ansia

la brisa nocturna. El frescor de la noche parece aliviarla y su gesto de ansiedad desaparece.

A pocos pasos del mirador hay una discreta entrada al palacio con dintel y jambas de piedra por la que escapa una luminosidad difusa. La joven parece dudar, pero, al cabo, distiende los labios en una forzada sonrisa y entra con paso decidido a un discreto salón donde otras cinco damas y seis pajes la aguardan, ajenos al peligroso secreto que aprieta con rabia en la mano.

I. A mi danza venid los mortales

La primera vez que me llamaron hombre fue con ocasión de un homicidio por el que un juez rencoroso pretendía colgarme sin causa ni juicio en las horcas de Tyburn. Testigos, eso sí, no le faltaban. Más de cien personas habían presenciado la escena y, entre gritos y aspavientos, alentado al mal nacido a que me llevara al cadalso. Y no es que matar fuera algo que yo no supiese hacer. Mi padre me había obligado desde niño a ser diestro con las armas. Quien no sabe despacharse a un cristiano, decía en lengua de mercader, no podrá ser nunca un caballero. Y él quería que yo lo fuese. De manera que, sí, es verdad, yo sabía cómo usar el arco, el puñal y la espada. Pero ni había asesinado a nadie ni me veía aún como un hombre. Quiero decir, sazonado y de una pieza. Y si el insidioso juez me adjudicó ese título no fue para esponjar mi vanidad de muchacho, sino para justificar su veredicto y ahorcarme, aun siendo yo más inocente que una escoba.

La muerte reclamaba así mi corta vida, tal y como como lo había venido haciendo desde los días de la peste, por más que hasta entonces se hubiese limitado a acecharme en las sombras, sin decir palabra ni mirarme a los ojos, lo mismo que hace ahora cada noche cuando, con mi edad y mi tiempo ya cumplidos, oigo su respiración alrededor de mi cama. Incluso me había hecho a la idea de que, llegada la hora del fatal suspiro, se aparecería ante mí con las fachas de esa esquelética solterona de cabellos ralos y aleg-

ría grotesca que danza en las láminas de los libros y en los muros de los templos.

No fue así, para mi sorpresa. Aquella noche, la muerte se mostró ante todos —juez, testigos y asesino— con el rostro de una bellísima joven llamada Maud Shelley, vestida del cuello a los pies con una túnica color malva.

Por lo demás, el crimen no tenía vuelta de hoja.

De hecho se había cometido a un paso de mí.

Literalmente.

Ocurrió en el palacio de Westminster, cierta víspera de san Juan, cuando la Corte celebraba con un *gaudeamus* la llegada del estío y el ágape había alcanzado el punto en que el vino suelta las lenguas y abre las compuertas de la euforia. Se podía apreciar en las risotadas de los comensales, su ruidoso parloteo, el entrechocar de platos y copas y el untoso aroma a cordero asado que llegaba hasta el vestíbulo donde, azorado e impaciente, un grupo de pajes y damas de compañía hacíamos tiempo para salir a bailar la *saltarella*. Nos separaba del salón de banquetes un grueso cortinaje carmesí, pero la pesada colgadura no evitaba que el bullicio acrecentara nuestra inquietud. Todos temíamos dar un traspie, equivocarnos en un giro u olvidar alguna estrofa.

Es tiempo de alegría, jovencitas.

Divertíos con ellas, jovencitos.

¡Oh, siento que arde en mi pecho
el fuego del primer amor!

Era el estribillo de la *saltarella*. Yo mismo lo había escrito. ¿Qué puedo decir como excusa? Ardores de la edad insípida, supongo. Y qué difícil es librarse de ellos. Todavía hoy se escabullen entre mis textos remilgos del vate a medio cocer que era yo por aquellas fechas.

Pero a fe que no había en el Reino intérpretes más idóneos que nosotros, seis ayudas de cámara y seis damas de la Corte en edad de aspirar y merecer. Ni tiempo ni lugar mejores para celebrar el principio del verano y de la vida. Ni menos aún motivos que nos hicieran pensar que aquel jubiloso baile, traído hasta nuestras costas por marinos napolitanos, se habría de convertir esa noche en atroz danza macabra.

Cuando el maestro de ceremonias apareció frente a la cortina, dio tres fuertes palmadas y todos corrimos hacia él. Y agrupados bajo la ojiva de piedra que abría paso al salón de banquetes comenzó el intercambio de pellizcos, roces y retozos con que solíamos desahogar la excitación de cantar y bailar ante la Corte. Éramos jóvenes, no ángeles, muchachos y muchachas en flor, expresión un tanto majadera pues, a decir verdad, la mayoría no habíamos rebasado aún la fase del capullo. Vivíamos, eso sí, la alborozada edad en que se advierten los irresistibles ramalazos del deseo. Y la cercanía corporal provocaba en nosotros ese turbador estado en que el miedo a salir a escena se traduce en picazón lasciva y revoltosa.

Nos ordenamos rápidamente por parejas, con Maud Shelley y yo al final de la fila. Maud era la viva estampa de la mujer tentadora que sonrío a los hombres cuando sueñan. Tendría tres o cuatro años más que yo y, entre todas las camareras reales, era la vibrante amapola que encendía el verdor cortesano. No era la única cursilería que se me había ocurrido escribir sobre ella. Tenía otras más inspiradas. Pero esta es la que mejor viene al caso, no solo porque la amapola simboliza la brevedad de la vida, y su contrario, el sueño eterno, sino porque, para mi horror y pesar, la metáfora habría de devenir un funesto vaticinio de lo que sucedería aquella noche.

Que tan bellísima flor encarnara tales augurios era algo que, sin embargo, me tenía sin cuidado aquellos días debido a que mi atención se centraba en otros afanes. El espigado y turgente cuerpo de Maud y la gracia de sus movimientos al bailar habían despertado en mí un desasosiego agotador. Vivía en un estado parecido al que todavía me acontece cuando, arrebatado por la compulsión poética, escribo durante horas sin conciencia de lo que ocurre a mi alrededor. Suspiraba por Maud, gemía por ella, vivía insomne a causa de ella. Y le recitaba elegías y madrigales en los que le suplicaba apiadarse de mí, los cuales ella escuchaba con pestañeos burlones y uno que otro puchero.

Nunca estuve seguro de conocerla bien. Su personalidad se me escurría como lluvia entre las hojas, pero nos acercaba el hecho de que actuáramos juntos para entretener a la Corte. Maud era una joven instruida en un entorno donde solo uno de cada cinco cortesanos sabía leer y donde escribir era un hábito más bien piadoso, propio de monjes y clérigos. Muy pocos leían libros en palacio; nosotros se los leíamos. Yo, mis poesías en voz alta, y Maud, historias de la *Odisea*, las cuales aderezaba moviendo con gracia las manos y abriendo con desmesura sus ojos de un azul oscuro semejante al de los arándanos de los caminos.

Maud se reía de mí y de todos. A menudo comentaba que no tenía intención de casarse, pues las mujeres solo venían al mundo a tener hijos. El solaz de la vida no es el matrimonio, decía, sino el amor, y en sus planes no cabía ser una perfecta casada, sino una mujer dichosa. Tenía por seguro que su atractivo le permitiría alcanzar destinos más altos de los que podíamos ofrecerle quienes solo aspirábamos a ser funcionarios de la Corona.

Tampoco yo pretendía ir más allá, como el aprendiz de caballero que era, formado en las virtudes de la cortesía, la modestia y el espíritu de servicio. Había aprendido a montar, a cazar y a combatir, pero deseaba concluir cuanto antes aquella tediosa etapa de mi vida que se ocupaba en ha-

cer mandados, cuidar el vestuario del príncipe, llevarle la comida a la mesa, abrirle la cama por las noches o vaciarle el orinal al día siguiente. Deseaba viajar, conocer el mundo y, sobre todo, escribir. Me atraían la política, la diplomacia, el derecho, las ciencias naturales, la astrología, la navegación, la pintura, la juglaría. Sentía gran curiosidad por saber de estas y otras cosas y no habría soportado hacer únicamente una de ellas.

Pero de momento vivía obsesionado con Maud. Y ni siquiera sus declaradas intenciones de no casarse con nadie contenían mi desvarío. Era tal mi ofuscación que habría sido capaz de matar por ella.

No tuve ocasión de hacerlo. Alguien se me adelantó aquella noche de junio cuando el tamboril, las chirimías y los laúdes de los ministriles comenzaron a marcar el alborozado ritmo de la *saltarella* y a invocar la pagana plegaria del seamos felices mientras somos jóvenes.

El maestro de ceremonias se situó a la cabeza del cortejo. Todo estaba listo para iniciar el baile, pero, siguiendo con las bromas de los prolegómenos, Maud hizo correr con suavidad su índice por la espalda de Aubrey, la damisela que estaba delante de nosotros. La cosquilla sobre la seda del vestido estremeció a la jovencita quien, entre risas, dio un paso atrás y rozó su cadera con la de Maud para devolver la broma.

Maud hizo como que perdía el equilibrio y fingió dolor, mucho dolor, aunque sin dejar de reír, justo cuando el asistente del regidor de la danza, un veterano de la batalla de Crécy donde se había ganado una fea cicatriz en la barbilla, corrió hacia sí el cortinaje de damasco hasta quedar oculto tras sus pliegues.

Y de golpe, como en un cuento de hadas, apareció ante nosotros el colorido espectáculo que animaba el salón iluminado por el resplandor de las antorchas y las velas.

El pabellón arrebatado al rey de Francia en Poitiers colgaba humillado por un cerco de banderas con lirios en cielos azules y leopardos sobre campos escarlata. Escudos y tapices realzaban en las paredes las victorias de nuestras tropas al otro lado del Canal. Sirvientes de gráciles gestos iban de un lugar a otro con bandejas de viandas y frutas y ofrecían a los invitados jofainas para lavarse las manos en agua de rosas. Y lucidos perros de caza aguardaban sentados sobre sus patas traseras y con la lengua colgando que sus amos les arrojaran algún hueso.

En ausencia del rey, quien con su primogénito atendía una visita del embajador castellano, presidían el banquete el príncipe Lionel y la princesa Elizabeth, a quienes yo servía. Y a izquierda y derecha de ambos, caballeros de tupidas barbas, barones y consejeros del rey, comerciantes de Hamburgo y Génova, magnates del gremio lanero, obispos de mejillas sofocadas, adustos mercaderes lombardos, parlamentarios de estirado porte, justicias, magistrados y otras dignidades del Reino se alternaban en las mesas con jóvenes damas que embellecían el festejo.

Perfumada de hierbas y flores, la húmeda brisa que ascendía del Támesis refrescaba el ambiente del salón y, al recibirla en su rostro, Maud ronroneó en mi oído:

—¿Será el Paraíso algo así?

—Puede —le contesté con un guiño—, aunque quizá no tan bueno.

Hoy, con mi vida en declive, le habría respondido de otro modo, pues no hay Corte que no sea un potaje de gente rapaz, insidiosa, intrigante y alcahueta. Pero aquella víspera de san Juan ni por asomo hubiera podido pensar que la nuestra fuera esa clase de puchero.

Sé que las cosas no son como son, sino como se perciben, de igual modo que no fueron como la memoria las guarda, sino como la imaginación (esa entrometida) las evoca. Las emociones, empero, no engañan. Cuando menos las mías siguen intactas, tal como las viví aquella noche

cuando, en respuesta a la burlona pregunta de Maud, aún pensaba que el palacio de Westminster era la mismísima corte del rey Arturo.

Una lluvia de pétalos cayó sobre nuestras cabezas cuando entramos al salón. Maud me apretó la mano con suavidad y yo tuve la impresión, pues la tontera en que vivía no me permitía pensar cuerdo, que aquel gesto era la implícita aceptación de mis requerimientos amorosos.

No eran vanidades mías. Aquella noche la sentí más íntima y cercana que otras veces. Había llegado tarde a la danza, con la respiración agitada y aire de preocupación, e insistido en que fuese yo su pareja, como si en lugar de un compañero de baile necesitara un protector o un custodio. La estupidez del hombre joven va con frecuencia asociada al entusiasmo amoroso. E infatuado como estaba con la actitud de Maud hacia mí, no acerté a sospechar los motivos de un cambio tan lisonjero.

Tampoco el momento era oportuno. La cortina había caído a nuestras espaldas y las parejas que nos precedían avanzaban ya hacia el centro del salón. Así que respondí a Maud devolviendo el apretón de su mano y de esa guisa desfilamos juntos entre los aplausos de los invitados y el aroma de las rosas.

Maud caminaba a mi lado, erguida como un cisne y deseosa de dejarse ver, pero pocos pasos adelante me atrajo con suavidad, como si quisiera detenerse. Volví el rostro hacia ella. La luz de las velas no es la más adecuada para juzgar la belleza de una mujer, pero a Maud aquel resplandor le venía como el sol al trigo. Todas las fragancias del naciente estío se habían abrazado a su piel y a su túnica color malva. Sus pómulos despedían brillos dorados y su mirada se había vuelto más profunda y seductora.

Me sorprendió, no obstante, descubrir un quiebro de miedo o de súplica en el arco de sus cejas. Algo inquietaba su espíritu. Pero, acaso por preocuparle más el ridículo de interrumpir el baile que la dolencia que la afligía, movió la